

El goce del Uno no es signo de amor: una reflexión sobre el odio

Textos: Rosa López

Texto pronunciado en XI Jornadas de la ELP: *Un nuevo amor... destinos del amor en la experiencia analítica*, A Coruña, Noviembre de 2012.

En *Aún* Lacan escribe lo siguiente: “Cuando dije: *Hay Uno*, cuando pisoteé eso como un elefante todo el tiempo, se dan cuenta en qué les estaba metiendo”.

¿Hasta qué punto hemos calibrado las consecuencias de esta promoción del Uno? Con la última enseñanza de Lacan se nos acabó pensar la clínica desde la relación que el sujeto establece con el Otro porque entramos en el reinado del Uno de la soledad, el Uno del goce que no establece relación con nada de lo que al Otro le parece sexual y que no hace lazo social.

El propio Lacan no acaba de captar la radicalidad de su cambio de paradigma cuando afirma “El goce del Otro, no es signo de amor”, fórmula que acabará resultándole precaria. La expresión goce del Otro es un oxímoron. El goce es siempre del Uno y al Otro le corresponde el deseo. La cuestión es entender cómo el goce Uno puede llegar a relacionarse con el deseo del Otro, y para ello tenemos que sumergirnos en ese otro goce que consiste en hablar del amor.

El amor como contingencia surge cuando dos hablantes se reconocen en sus síntomas, en sus afectos, en sus fallas, en definitiva, en todo aquello que marca la huella de su exilio de la relación sexual. Por primera vez Lacan

otorga al amor la dignidad de valentía frente al fatal destino de los unos solos. Si el goce Uno escribe incesantemente la soledad, dejando la huella de la ruptura del ser, sólo el amor, que se dirige al Otro, hace que dos soledades se unan en un destino común.

Lo que despierta el amor por el otro es aquello de lo que cojea, su falta, el modo en que se encuentra afectado por el saber inconsciente -“A mí me pasa, lo mismo que a usted”, reza una conocida canción de amor...-. Entonces dos saberes inconscientes entran en sintonía.

El problema surge cuando queremos saber “demasiado” sobre el otro y pretendemos captar su ser. Si la relación de sujeto a sujeto mueve al amor, la relación de ser a ser conduce al odio porque se dirige al goce. Cuando entra en escena el goce de cada uno, se rompe toda ilusión de compañía.

Lacan creó el neologismo *odioenamoramiento* para indicar ese punto crucial de reversibilidad del amor en odio que transforma al *partenaire* en algo insuportable. Esa cara que antes nos fascinaba ya no podemos ni verla, y esa manera de ser que nos enternecía por sus fallas ahora resulta insufrible. No aguantamos ni lo que dice ni lo que hace porque sabemos demasiado sobre su goce que nos excluye. El odio es una manera de responder a ese modo

de goce del *partenaire* cuyos signos conocemos demasiado sin poder experimentarlo. Desafortunadamente el odio es un sentimiento más estable y radical que el amor porque no depende de un discurso que lo sostenga.

El analista sería tan ignorante como el dios de Empédocles si no conociera el *odioenamoramiento*, que por otra parte es lo que da relieve a la experiencia analítica mediante la transferencia. Para entender la función del saber en el análisis es necesario situar el odio en su justo lugar. Nada que ver con la deriva post freudiana que confunde el odio con la agresividad, que lo nombra con el término bastardo de ambivalencia o que lo reduce a los celos fraternales que hacían palidecer a San Agustín.

Lacan va modificando su concepción del odio a lo largo de su enseñanza.

En los inicios de la misma definía el odio como una de las pasiones del yo (junto con el amor y la ignorancia). De este modo, nos indicaba que el odio es una de las formas de desconocimiento a las que el sujeto puede recurrir. Sin olvidar esta dimensión imaginaria, en su *Seminario XX* nos propone otro empleo del odio, esta vez al servicio de la lucidez. Es el odio que guía a quienes no le atribuyen una suposición de saber y que le llevó a decir que los que mejor le conocían eran aquellos que le odiaban. Con esta nueva perspectiva Lacan cierra el seminario dirigiendo a su auditorio una pregunta que tiene cierto tono de reproche: “¿Seguiré el año próximo? ¡Hagan sus apuestas! ¿Querrá decir que los que adivinen es porque me quieren? Saber lo que la pareja va a hacer no es prueba de amor”. Podemos deducir que ese *saber* sobre los actos del otro no puede pensarse como una prueba de amor sino más bien de odio. Estamos de lleno en el terreno de la transferencia, donde la oscilación entre el amor admirativo al saber supuesto en el analista puede dar lugar al odio desconsiderado hacia ese saber, incluso a la crítica más aguda.

Hay una diferencia fundamental entre el odio como desuposición del saber y el odio como rechazo del ser. El primero puede dar lugar a la lucidez que hace progresar el saber, mientras que el segundo apunta ciegamente a la destrucción del otro.

En ciertos casos, el odio puede servir para leer entre líneas, trascender los límites del sentido y los espejismos idealizantes del amor, pero no es un medio imprescindible: sería un error elogiar su lucidez y otorgarle un carácter sistemático respecto al “saber leer”.

Llegados a este punto propongo que pensemos si la reversión del amor en odio es absolutamente inevitable o, por el contrario, el análisis puede dar al amor otro destino.

Hacer del amor algo más digno es no permitir que éste se degrade por la vía de la necesidad, que borra lo que hubo de contingencia única, para transformarlo en repetición fallida y en dependencia. Odiamos a aquel que amamos porque se nos ha convertido en algo necesario, y el sentimiento de dependencia vital nos lleva inevitablemente hacia el odio. También puede ocurrir que, guiados por la impaciencia, no esperemos a que se dé la verdadera contingencia del amor y nos agarremos a cualquier otro como a un clavo ardiendo. Aunque esta salida puede dar-

se en cualquiera, hemos de reconocer que es más propia del sexo femenino, pues el hombre por su conexión con el falo nunca está solo, mientras que la soledad es el verdadero *partenaire* de la mujer y a menudo se convierte en una fuente de desesperación insoportable que la empuja a elecciones disparatadas. En estos casos, el odio puede dominar una relación que no tuvo el contrapeso de la contingencia amorosa.

“Lacan otorga al amor la dignidad de valentía frente al fatal destino de los unos solos”



En la experiencia analítica el sujeto puede obtener un saber sobre la letra de su propio goce, lo cual le permitirá “hacerse” con su síntoma y hacer con él. Esta operación debe distinguirse del querer saber sobre el modo de goce del *partenaire*. El psicoanálisis no promueve esta última orientación del saber, propio de la sexología, que Lacan califica como “demasiado”, pues no conduce sino a lo peor. Muy bien podríamos hacernos expertos en el goce de la pareja mientras desconocemos el propio.

El resultado de un análisis no excluye completamente el odio y no nos convierte en bellas almas angelicales. Por el contrario, el odio cumple una función en la vida y también en la transferencia, pues otorga la lucidez que hace posible situar algo de la letra. La cuestión estriba en que el odio no se convierta en una de las pasiones del ser que degrada constantemente el amor.

Podemos esperar, por tanto, que durante el proceso analítico -y no sólo en el final del mismo- se abra la posibilidad de soportar el modo de goce solitario del *partenaire* sin que eso provoque nuestro rechazo, ni se constituya en una afrenta narcisista, o dé lugar a un sentimiento de abandono, pero fundamentalmente sin que la lucidez del odio se convierta en una pasión que nos consuma.

LA AUTORA

Rosa López. A.M.E. Psicoanalista en Madrid. Miembro de la ELP y la AMP. Docente del Instituto del Campo Freudiano-NUCEP.

Email: rosamarialopez@telefonica.net